

LA VERDAD

SEMANARIO POLÍTICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'20

Provincias, trimestre . 2'40

Tarifa, un mes . . . 0'80

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

SANCHO EL BRAVO, 6

Año I.

Tarifa, jueves 24 de Julio de 1930

Núm. 8

NOTAS INGENUAS

~ LEY DE VIDA ~

La vida humana, como la vida universal, es un constante cambio: una sucesión de estados físicos y espirituales, mínima e imperceptiblemente diferenciados los más inmediatos entre sí; máxima y visiblemente desiguales los más distanciados en el tiempo. Mi piel de hoy jueves, no es la misma piel, no está integrada exactamente por los mismos elementos que mi piel de ayer miércoles, ni persistirá en su actual integridad mañana viernes. De las capas más inferiores del dermis surgen continuamente nuevas unidades orgánicas que vienen a reparar, desde la profundidad, las pérdidas ocasionadas en la periferia, de la que los cadáveres celulares caen en no interrumpida descamación, vencidos en la lucha contra los agentes exteriores: frío, calor, roces, golpes, etcétera. Y este imperceptible cambiar de cada día se traduce, al cabo de los años, en una alteración bien ostensible de la piel que de joven deviene senil con sus más profundos surcos, sus más elevados pliegues, su menor riqueza sanguínea, sus más dilatadas venas y sus anexos — pelos, uñas, vellos — despigmentados, secos y friables.

Y asimismo para nuestro espíritu, a despecho de todas las teorías filosóficas y místicas, antiguas y modernas, sobre la unidad e invariabilidad del alma humana, nuestro ser sensible y pensante resulta tan permanentemente cambiante en sus elementos — voliciones, ideas y emociones —, tan sujeto a la Ley de la cotidiana renovación y de la postrera decadencia, como lo están nuestra piel y nuestros cabellos.

Este espíritu mío de hoy no es ya, exactamente, el de ayer, y no es aún el de mañana. Pero aquí la reintegración de los nuevos elementos no se hace de dentro a fuera, de lo profundo a lo superficial, como acontece en la piel, sino de fuera a dentro, de lo superficial o externo a lo profundo o interno.

Las nuevas sensaciones que procedentes del mundo objetivo exterior van llegando a las ventanas de nuestros sentidos, son conducidas a los centros de elaboración psíquica y

transformadas allí en ideas, en voliciones o en sentimientos, y puestas en contacto con las sensaciones anteriormente percibidas o almacenadas, o bien se suman a ellas por analogía y simpatías, afirmándolas y robusteciéndolas, o entran en conflicto mutuo por desacuerdo e incompatibilidad, corrigiéndose o destruyéndose. De una manera o de otra, las imágenes de ayer se ven constantemente influidas y modificadas, o fortalecidas o anuladas por las imágenes de hoy, y éstas lo serán, a su vez, por las imágenes de mañana.

Pero la capacidad de nuestra alma no es ilimitada, como parecería deducirse de su pretendida «inmaterialidad». No podemos estar almacenando perennemente nuevas imágenes al lado de las viejas, ni nuestros centros fabriles nerviosos tienen una facultad inagotable de producción. Aquí los cadáveres, los elementos que han sucumbido en la lucha con las nuevas sensaciones recién llegadas, no pueden ser lanzados al exterior como la piel. Ellos son rechazados hacia los pisos inferiores de la conciencia, y allí unos se convierten en mecanismos automáticos inconscientes, utilizables para la vida vegetativa, y los otros pasan exánimes y estériles al más bajo fondo de la subconciencia, que viene a ser la necrópolis de nuestro psiquismo.

Y así, al mismo tiempo que nuestra piel se arruga y nuestros cabellos encanecen o caen, nuestro espíritu se entorpece y paraliza por el embotamiento de sus estaciones sensoriales receptoras y por la fatiga de sus centros de elaboración. Paralelamente a la senectud física se produce, pues, la senectud espiritual, como si la una fuese condicionada por la otra. Cuando nuestro organismo va convirtiéndose en un cementerio de células, grasientas y esclerosadas, nuestro espíritu va apareciendo como un sarcófago que, cada día más cerrado al exterior, ha de ir nutriéndose de sus propias reservas y de sus propios recuerdos. Y nadie dudaría que este alma y esta piel, secas, rugosas y decrepitas, han llegado a tal estado de agotamiento y senectud como conse-

cuencia obligada, fatal, de aquellos mínimos e imperceptibles cambios que cada día sufrían cuando se mostraban frescas, túrgidas y fecundas.

Nuestro planeta mismo no escapa a esa ley de continua transformación; como no puede escapar, tampoco, cada uno de esos astros que, por miríadas, pueblan los espacios siderales, navegando por ellos con la misma soltura con que navegan nuestros leucocitos y nuestros hematites por la sangre circulante de nuestras arterias. Cambian, cada día, algunos de los elementos que integran la corteza terrestre, y ese cambiar imperceptible se hace tan patente al cabo de los milenios, que permite a los geólogos adivinar a qué edad prehistórica perteneció la capa estudiada.

El humus vegetal procedente de las plantaciones y de las vegetaciones espontáneas; los aluviones formados por las crecidas y por las desviaciones fluviales; los arroyos de lava incandescente, cubriendo de capas minerales campiñas antes verdeantes y florecientes; las erupciones volcánicas del fondo de los mares haciendo surgir islas nuevas en la inmensidad oceánica; los millones de cadáveres de moluscos formando con sus conchas, aglomeradas durante siglos, peñascos y promontorios; los terremotos formidables que, de tiempo en tiempo, cambian la faz de los continentes, uniendo mares antes separados y sumergiendo pueblos enteros en la arena movediza o en las aguas sublevadas, y, al lado de todos ello, en una acción cotidiana, conducida durante centenares de siglos, la mano del hombre, que levanta grandes ciudades, abre canales, pone presas para crear pantanos y roba continuamente espacio a los mares con los terraplenes de sus múltiples y extensos puertos, hacen que la piel terriza y líquida de nuestro planeta cambie con la misma inexorabilidad con que cambian nuestra piel humana y nuestro espíritu, supuestamente divino.

Si nos fuera posible transportarnos al planeta Marte y, desde allí, contemplar, a intervalos de siglos y con potentes telescopios, la superficie de esta nuestra Tierra, asistiríamos a ese espectáculo cambiante, imperceptible de un día al otro. Y cuanto más elocuente sería para nosotros la faz cerúlea de nuestro propio planeta si, como el Lúmen de Flammarión, pudiéramos

lanzarnos por los espacios interplanetarios a una velocidad superior a la de luz. Iríamos, así, encontrando, en nuestro vertiginoso caminar, los rayos luminosos anteriormente salidos de la Tierra y leeríamos, reflejada en su atmósfera luminosa, la historia retrógrada toda, física y espiritual, del globo y de su humanidad.

Pero, aun dentro de un número más reducido de años, el espectador de Marte que nos pudiera contemplar hoy, al cabo tan sólo de veinte años, veríase sorprendido al notar el ritmo acelerado que nuestra vida humana ha adoptado en el planeta. Vería los Océanos atravesados por puntos negros, semejantes a enormes pájaros, desplazándose con velocidades antes desconocidas en nuestra modestia terrestre; vería otros puntos análogos, semejantes a caparazones de gigantes insectos, correr por las cintas blancas de nuestras carreteras, a velocidades inauditas para nuestros abuelos; vería, si sus instrumentos físicos eran lo suficiente sensibles para percibirlos, las capas etéreas de nuestras atmósferas constantemente agitadas por ondas de todas longitudes, que conducen el pensamiento gráfico y el pensamiento hablado y la propia imagen física a millares de kilómetros, venciendo al tiempo y al espacio, los dos grandes y eternos enemigos del progreso humano, y sometiendo al poder tenaz de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia, para cimentar sobre su conquista, y hacerlas más efectivas, la libertad y la fraternidad humanas. Y aún vería, por último a los mismos hombres de veinte años há, caminando más ligeros, más agitados, más inquietos que antes, como si por nuestros pulmones entrara un aire más cargado de oxígeno, y por nuestras arterias corriera una sangre más rica en calorías, y por nuestros sentidos la avalancha de sensaciones fuese más nutrida y más veloz.

Y al cabo de los miles de millones de siglos, el espectador inmortal de Marte podría asistir a la decrepitud y muerte de nuestro planeta, agotado por el continuo cambiar, y convertido en un cadáver astronómico, como esos que forman las inmensas manchas negras, apagadas y errantes, de las grandes nebulosas.

LUIS HERRERO

Casablanca, Julio 1930.

Lea usted la 4.ª plana

Comentarios al margen

.....“Y veremos que ni todo está igual, ni el hoy asemeja al ayer. No solo cambió el espectador, cambió también el panorama”.

Digno broche que cierra el bellissimo estuche literario en el que, como el leit motiv de una armónica sinfonía, se desenvuelve el tema.

La vulgar frase hecha “todo está igual, parece que fué ayer”, queda pulverizada; sí, es verdad; pero... permítanos el culto escritor un modesto comentario que no empañará su punto de vista.

Nos pide en un período que no podemos llamarle inspirado, porque la inspiración obedece a un estado imaginativo excepcional, y en él son tan frecuentes que alejan la idea de la excepción, nos pide... repetimos;... pero... lo copiaremos por sí la repetición de sus frases pudieran, por sugestiva asimilación, dar a este comentario un poco de su exquisita belleza.

“Es la hora—dice con su brillantísimo estilo—de las excelsas inquietudes universales, de las grandes incógnitas nacionales.

Dejemos tranquilos y solitarios los modestos campanarios pueblerinos y dirijamos nuestra mirada, ansiosa y amante, a las grandes torres nacionales, a las inmensas alturas continentales y mundiales desde donde se atalayan un nuevo mundo y una nueva vida.

Bien quisieramos, querido amigo, seguir los consejos transcritos y dirigir nuestras miradas a las grandes torres nacionales y a las inmensas alturas continentales y mundiales, apartando la vista de estos campanarios pueblerinos; pero para nosotros, “todo está igual”, parece que fué ayer”; el lugar común no ha muerto, no; sus células siguen dando vida a sus frases y por mucho que lo repensemos, siguiendo el sabio consejo del maestro Unamuno y de su comentador, lo sentimos todavía palpitando.

Desde el elevado plano en que el articulista, por su inteligencia, por el medio que le rodea y por la altura de los grandes postulados de su ideal, está hoy colocado, si queda en efecto destruido; ni el espectador es el mismo de ayer, ni el panorama tampoco; pero los que aquí dejó, no tenemos todavía el mismo plano y, mientras vivamos entre valles y cañadas, a nuestra vida sólo se ofrecerá el mismo pobre y mísero panorama.

Sujetos como estamos a la inexorable renovación material y espiritual que es ley de vida, bien se nos alcanza que no vamos a ser una excepción de esta ley universal y, por lo tanto, tenemos la esperanza de que llegue un día que subiremos, o nos harán subir, si no a las montañas, por lo menos a las cumbres; cumbres que, si no muy elevadas, tendrán sin embargo, la suficiente altura para atalayar desde allí nuevos horizontes de anchuroso campo visual; entonces morirá para nosotros el lugar común; mientras tanto, sigue aquí viviendo. No huele todavía a muerto.

1911: Tarifa.—Juventud, sangre ardiente y entusiasmo. Falta ambiente a los ideales.

1930: Tarifa.—Madurez, mayor prácti-

ca de la vida en todos; pero la misma ausencia de ideal.

1911-1930.—Todo igual, parece que fué ayer.

Si repensamos el lugar común, veremos que, en Tarifa, sólo ha cambiado algo, por efecto del tiempo, el espectador, pero el panorama sigue aquí siendo todavía el mismo; también variará; es ley natural y no podemos sustraernos a ella. Pobre del que se oponga. La transgresión a estas leyes suelen tener sanciones muy duras.

X.

**Del empréstito municipal
Por la inversión de las pesetas 650.329'01, tomadas al Banco de Crédito Local, se pagará la suma de pesetas 1.575.040'20 (un millón quinientas setenta y cinco mil cuarenta pesetas con veinte céntimos).**

Proclamando la verdad

La revista *Unión de Tarifa*, con fecha 28 de Junio del corriente año, publica un artículo en el cual, entre otras inexactitudes, se dice que la Dictadura quitó por lesiva la concesión de la almadraba de Barbate a don Serafín Romeu.

Esto es completamente falso, porque si bien es cierto que el Dictador publicó en el período de su máximo poder una R. O. de fecha 20 de Julio de 1925, inserta en la “Gaceta” del 22 de dicho mes, para quitarle la almadraba al señor Romeu, es también cierto que el Tribunal Supremo dictó en 4 de Julio de 1927 una sentencia, inserta en la “Gaceta” del 29 de Octubre del mismo año (falta de espacio nos veda publicarla, lo que haremos en próxima edición), dándole toda la razón al señor Romeu y declarando que no hubo infracción legal, ni siquiera *presunciones racionales* de lesión.

Resulta, pues, que el más alto Tribunal de España demostró y proclamó, en pleno período de Dictadura, la rectitud y pureza con que se administró antes del advenimiento del Directorio y la falta de razón que inspiraba la R. O. del Presidente.

Fracasado el intento de despojar al señor Romeu quitándole la almadraba de Barbate, se inventó el Consorcio que le priva de una parte de las ganancias que obtenía en sus concesiones pesqueras, exigiendo que el 52 por 100 de los superbeneficios del Consorcio fuesen para el Estado. Y con la protesta de los almadraberos, consignada en acta solemne, y por imposición de la omnimoda Dictadura, se creó el Consorcio, que priva a los antiguos concesionarios de algunos millones de beneficios.

Si en todos los asuntos está tan bien informado como en éste la *Unión de Tarifa*, compadecemos a sus lectores.

Charlas amenas

Nuestro “informador” *Manolo*, ha visitado al industrial don José Chamizo, para obtener algunas declaraciones relacionadas con las que hace “La Sirena”, aludiéndole directamente.

He aquí reflejadas, claramente, sus contestaciones al interrogatorio:

Le preguntamos: —¿Es verdad que ha sido designado organizador de la corrida de feria?

—Efectivamente, es cierto que la Comisión encargada para la organización de la novillada *me designó* para tal cometido.

—¿Qué motivos son los tenidos en cuenta por la Comisión de Festejos para designar a usted y no a otra persona?

—Yo lo atribuyo a que en años anteriores a la Dictadura intervine en estos asuntos, y a su terminación, rendí al pueblo que paga la liquidación de los ingresos y gastos habidos. Creo ha de ser ella una de las razones tenidas por la Comisión en cuenta. A más, todos saben he vivido siempre con menos largueza que el señor Núñez Manso y he administrado bien mis intereses y los que se me confiaron por mis amistades.

—Claro, que para esta organización le servirá “de base” las novilladas celebradas en estos dos últimos años, que tan buenas fueron.

—No lo crea usted; no he encontrado un detalle que me pueda guiar. En esta Comisión, en la que hay varias personalidades que actuaron en los pasados años de la Dictadura, a las varias preguntas mías para poder saber lo que costara la traída de los novillos en cajones y cuánto fuera lo que le dieron al señor Flores por la contrata de los caballos, todos han contestado que lo ignoraban, porque aquello, esto y lo demás, fué hecho todo, todo directamente por el omnipotente señor Núñez Manso.

—Dígame: ¿qué pasó en cierta reunión habida allá por el año 26 entre usted y el señor Núñez Manso, en relación con ciertos asuntos de la Plaza de Toros?

—Pues verá usted: en el mes de Agosto de 1926 estábamos reunidos en el “Liceo Tarifeño” varios propietarios de dicha Plaza, y con general asombro vimos llegar a la reunión al Presidente de la fallecida U. P., señor Núñez Manso, ajeno a la reunión y sus fines. Estuvimos un rato hablando, y algunos de los que no fueron llevados por el cacique, me miraban como preguntando: “¿qué trae aquí este hombre?” “¿Será este el día de nuestra prisión?” “¿Será verdad que este señor tiene en la reunión autoridad?” Transcurrido algún tiempo, empezamos por leer el acta de la sesión anterior y, seguidamente, al nombramiento de nueva Junta, y aquí “surge”

el señor Núñez Manso diciendo: “que él era también accionista”; contestándole yo que como tal lo admitiríamos cuando presentara documentos acreditativos; a lo que replicó que había comprado a don Agustín Cantero la acción de su señor padre (que en paz descanse), pero que como estaban en la testamentaria no podía recoger documento alguno probatorio. Mis manifestaciones fueron, que no habiendo documento que acreditara tal derecho no podía el señor Núñez estar en la reunión ni tampoco tomar parte en la votación, *so pena de imponer la fuerza de su autoridad*. Ya puede usted figurarse cómo se pondría con su pedantería y soberbia cuando escuchó de mí lo antes referido; pero como ya he dicho, llevaba varios accionistas dispuestos “para ello”, y a pesar de mis protestas, hízose la votación, y como era natural, fué elegido Presidente el cacique a pesar de mi más enérgica oposición; y como a estos grandes hombres no se le puede razonar en asuntos que ellos se han propuesto conseguir, sus últimas palabras fueron para decir: “*que si seguía por ese camino, me desterraría*”, a lo que contesté como contestaría todo hombre que viste pantalón largo. Han transcurrido cuatro años y a nadie le dió cuenta de lo hecho durante ese tiempo. Dígame usted cómo calificar ese proceder del cacique *máximo amparado por la Dictadura*.

Hablemos de otro asunto

—¿Puede decirme algo sobre los precios de la carne, que según dice el periódico aludido, son excesivamente caro?

—Pues mire usted, la carne no está más cara que cuando él fué Alcalde de la Dictadura, y cuando él no pudo bajar los precios, seguramente tendría, como tiene hoy, tipos de tasa razonables. El, mejor que nadie, conoce este negocio, pues hasta un hermano suyo se metió en él y no le iría bien cuando lo dejó.

También en el tiempo de la Dictadura, él, con el Alcalde de aquella fecha, señor Morales, les facilitaron a un individuo que por la fecha del verano se dedicaba a este negocio, becerros el primero y cabras de su administración el segundo, y seguramente tampoco le verían utilidad cuando desapareció, debiéndole significar que este “modelo de industrial” se ha establecido varias veces en los veranos, yo no sé si buscando la utilidad del mismo o la dádiva que yo pudiera facilitarle para que no me molestara, pero amigo, *dió en hueso*...

—¿Y no pudiera ser, que hubiese alguien que diera la carne más barata que usted?

—Ya lo creo: nadie mejor que él que tiene “pesetas” sin gran esfuerzo adquiridas: que imite a su hermano don Joaquín; no tiene más que “establecerse” y darle al pobre carne barata.

—¿Y no sabe nada de lo que se dice respecto a un «Economato» en beneficio de la clase menesterosa?

—Tengo noticias: pero creo no se instalará el «Economato» que dice su tío para que los pobres «coman barato». Fíjese usted que en la carne pudiera hacerlo, porque no perjudica más que a mí, individuo que cuando llega la hora dice la verdad; pero en el asunto del «Economato» tendría que perjudicar hasta a sus nuevos amigos. Dispense que no continuemos más por hoy; tengo que marchar «a

dormir» para levantarme bien temprano e ir a mi establecimiento a cumplir con el deber de todo el que trabaja para atender a sus obligaciones.

—¿Pero hablaremos otro día, señor Chamizo?

—Quizá nó, pues seguramente le sacaré V. más partido a unos huéspedes que aguardo dentro de poco.

Lector: como Manolo nos lo refiere lo transcribimos.

¿Agrada la interviú?

REPORTAJE NOVISIMO

El espiritismo es utilizado con éxito

Uno de nuestros reporteros da hoy muestras de sus actividades usando el espiritismo con cierto desenfado.

En los tiempos actuales todo es lícito al periodismo.

Allá va lo que nos cuenta nuestro compañero de redacción.

Conocido de todos es, que muchos individuos cuando se ven observados, adoptan posturas ridículas o que no concuerdan con su tipo y gesto habituales.

Por esta razón, la profesión de fotógrafo es más difícil de lo que a primera vista parece, y si no, veamos.

Llega fuianita y dice: quisiera un retrato de cuerpo entero...

—¿Fotógrafo?

—Colóquese aquí; mire a este punto que le señalo; cierre usted esa mano; no se ponga tan seria; sonríase un poco; no, no; a ver, quieta...; ya está, y efectivamente está, pero está hecha una lástima; los ojos abiertos con exceso o exageradamente cerrados, no expresan lo que los suyos; la postura fingida y forzada, y la fotografía, en fin, es otra persona. Motivo de esto, es el fingimiento y la falsedad, puesto que aquella señora no tenía ganas de mirar hacia arriba, ni de sonreír, ni de ponerse de perfil y, sobre todo, se sentía observada.

Exactamente igual ocurre en el orden moral cuando ha de entrevistarse a cualquier persona; es decir, que al saber el objeto de la visita tose un poquito, mira con fijeza escrutadora el rostro de su interlocutor y exclama: ¡Con que para LA VERDAD, eh! Bien, bien; mire usted yo, es decir, le diré, añadiendo otras lindes por el estilo, y mientras tanto toma las posturas necesarias para engañar en primer lugar al reporter, y en segundo al público, manifestando precisamente lo contrario de lo que siente o piensa.

Por este motivo, nuestra interviú de hoy será original; será verdadera; porque no fué hecha a la persona

sino al espíritu del conocido israelita y hombre público, don Ismael Sordera.

Nos entrevistamos para ello con un conocido espiritista de la localidad, el cual, empleando los ritos de costumbre, invoca y requiere, valiéndose del obligado medium, al espíritu en cuestión.

—¿Está presente el espíritu de don Ismael Sordera?

—Presente, y dispuesto a contestar...

—¿Podría decirme «toda la verdad» de lo que voy a preguntar?

—...Los espíritus no mentimos nunca...

—Empecemos, pues.

—¿Siente usted verdaderamente la política?

—Verá usted, yo no siento la política, ni la comprendo, ni la entiendo.

—Pero, hombre, ¿entonces cómo actúa usted con tanta actividad en ella?

—Esa es otra cuestión. Usted sabe que adquirí gran amistad con mi jefe político cuando jugábamos al «baccarat» en el Casino y lo pelábamos entre las bogas y yo. ¡Que tiempos aquellos!

Pues como iba diciendo, al acabarse aquella partidas memorables me dije: ¿qué forma tengo de seguir viviendo?; porque usted no desconoce que yo ni trabajo ni sé trabajar en nada, ni trabajaré nunca, y mi único oficio es el de «tirarle de la oreja a Jorge».

Entonces, tuve la feliz idea de intervenir en política y afiliarme al partido del señorito, única forma, a mi entender, de continuar el juego.

—Y dígame, ¿consiguió usted su objeto?

—En parte sí y en parte no. De aquí viene mi resentimiento con mi jefe. Yo acariciaba la idea de que se me diera un cargo retribuido y le puse los puntos al de «Depositario». Ahora, en vista de que todos lo abandonan, he decidido prestarle con más ahínco mi colaboración, pues aunque la plaza de «Depositario» ya es cosa

que no podré conseguir, puesto que no reúno las condiciones que marcan las Leyes recientemente publicadas, estimo que de esta forma me premiará con alguna cosa mi leal colaboración.

—¿Conoce usted a fondo a su jefe?

—Le diré, yo creía conocerlo, pero hasta ahora no he llegado a conocerlo a fondo; es decir, yo sabía que como gobernante es una calamidad, porque el individuo que no ha ganado nunca dinero no sabe el valor que tiene; conocía, además, lo amigo de «cuentos y chismes» que es; tampoco se me ocultaba su fatuidad, quiero decir, que gustaba de llamar la atención con «movimientos de galería»; por esta razón salía de su casa haciendo piruetas, moviendo artísticamente el bastón, contoneándose y dándose golpecitos con él en la parte baja de su bien planchado pantalón correspondiente a su pierna derecha (la izquierda no le es grata). Pero túvelo siempre por caballero, hasta que un bocinazo de «La Sirena» me ha venido a demostrar lo contrario; y si no, dígame: ¿Es de caballeros publicar cartas particulares y privadas sin la debida autorización del que las escribió?

¿Qué caballero penetra en el despacho de un señor en ausencia de éste y curiosear e investiga en los documentos privados del mismo? ¿Le gustaría al caballero en cuestión que se publicaran ciertas cartas que yo conozco que él ha dirigido a personas de esta localidad...?

—Mire usted, amigo Sordera, el entrevistador soy yo; así es, que perdóne no le dé mi opinión. Yo lo que veo mal es que habiendo sido usted un incondicional de ese sujeto, no le diera a usted el cargo prometido; sería sin duda porque usted no sabría pedírselo, «ni darle coba...»

—¿Que no le dí coba? Verá usted, tanto le supliqué, tanta «coba» le dí y tanto lo adulé, que hasta por él fui poeta.

—Caramba, amigo Sordera, ¿qué calladito lo tenía usted? Y, ¿pueden saberse algunos de los versos que le dedicara?

—Allá va uno:

Eres para mí, Carlitos mío,
y eso lo sabes tú,

como para los ojos
de un desgraciado ciego
sería la luz.

—¡No me reviente usted, amigo don Ismael! Es usted más malo que Becquerito. ¿Cuenta él con muchos amigos políticos?

—Le diré, diez o doce a lo sumo, entre ellos estamos algunos a los que nos saca de algunos apurillos, con su cuenta y razón, pues ya sabe usted que Carolingio es un gran Matatías.

—¿Y quiénes son, amigo Sordera?

—El principal de todos y es el que lleva la política en ausencia de mi jefe, es el conocido señor Almeja; después siguen el intelectual Raspabarras, que chupaba del Ayuntamiento y de él (de esto último es raro), otro el Palanganero, Lerroz Chico, el célebre Mahoma, el espíritu de Rufino, el Turquito, Siurot de Benaocaz, Lobito y Calderilla.

—¿Pero nada más que éstos?

—Nada más; pues siempre mi jefe ha querido pocos, pero escogidos, pero en LA VERDAD diga solamente que éstos componen el Comité del partido.

—Amigo Ismael, ¿quisiera me diese algunos detalles de estos personajes?

—Por hoy basta con lo que le he dicho, pero en nuestra próxima entrevista le daré detalles de la vida de estos grandes políticos.

—Señor «Te-kalé», si me promete usted no molestarme con más preguntas, voy a hacerle una revelación.

—Lo prometo; dígame.

—Le diré. Mi jefe es un convencido de su fracaso; usted no ignora las gestiones que hizo para afiliarse al partido de don Serafín, y que fueron rechazadas sus proposiciones; pues bien, él se ha dicho: yo ni tengo influencias, ni amistades sinceras, ni dinero, ni talento, ni nada que pueda hacerme ganar una elección para diputado; además, don Serafín no me quiere por las buenas. ¡Qué me hago, santo Dios! Dáme una idea. Ya está... Seguiré el ejemplo de un ex candidato por este distrito; haré campañas, daré guerra, y don Serafín me ofrecerá el distrito tan «suspirado».

—Vista que tiene uno.

Por el reportaje,

T. K. LÉ.

Acotaciones de un lector

Lo sucedido en una sesión plenaria del Ayuntamiento

El interesante semanario *Unión de Tarifa*, que se apoda «órgano de la Unión política tarifeña», escribe en su editorial del pasado día 19 «ciertas cosas originalísimas». Confiesa, y es de alabar—que «responde a la misión en la vida ciudadana» que se ha im-

puesto, y es, «alejarse todo lo posible del hervidero de pasiones que se formó al calor de fuegos en que todo combustible se mezcló, excepto el supremo interés de Tarifa». (Este párrafo es del más puro estilo gongorino).

Aparte su conceptismo, diremos

